

Fortuna e infortunio con el bocachico del ATRATO

Carlos Mario Correa Soto*

Resumen

En Turbo, departamento de Antioquia, un pueblo de la región bananera de Colombia, bañado por el Océano Atlántico, y sofocado por el calor, la violencia y la pobreza, un inolvidable día de 1995, la suerte le sonrió a 300 apostadores del juego del chance, quienes ganaron más de mil millones de pesos con el 1124 de la Lotería de Cundinamarca. El número de la fortuna —y del infortunio— fue descubierto por una mujer en el lomo de un bocachico cuando se disponía a freirlo para el almuerzo.

Abstract

In the department of Antioquia, in Turbo, a town in the Colombian banana-growing region, bathed by the Atlantic Ocean and suffocating in heat, violence and poverty, on one unforgettable day in 1995, Lady Luck smiled on 300 gamblers who won more than a billion pesos with 1124 in the Cundinamarca Lottery. The number of fortune —and of misfortune— was discovered by a woman on the back of a fish when she was getting ready to fry it for lunch.

La historia hará constar que desde aquel 11 de septiembre de 1995 los habitantes de Turbo, Antioquia, fueron regidos por una norma que no violaron por muchos años: observar cuidadosamente el lomo del pescado recién escamado antes de echarlo a la paila para freirlo.

“Ya pasó una vez y nadie quita que vuelva a ocurrir”, asegura Alberto Córdoba, “El Papujo”, un moreno que desempeña oficios varios en el municipio, y hace fila en la entrada de Apuestas Urabá con uno de los primeros 50 fichos que lo acredita como uno de los ganadores del chance con el número 1124 de la Lotería de Cundinamarca que una mujer del pueblo aseguró haber visto en el lomo de un bocachico que fue atrapado en las aguas oscuras del río Atrato.

Y los que están cerca del lugar, observando con nerviosismo, no ocultan que desean un desenlace feliz para el nuevo grupo de ricos del pueblo: lustrabotas, niños mandaderos, chanceros, pescadores, vendedores de pescado, carretilleros, braceros y comerciantes minoritarios.

“Es que yo me alegro porque, ¡mierda!, los que ganamos el chance somos gente pobre que de la alegría salimos corriendo al piso pa’ la agencia, a ver qué es lo que había pa’ nosotros, hombre”, añade “El Papujo”.

A este hombre que se nota ansioso por hablar, y quien es una especie de gurú de las apuestas en esta región bananera de Colombia, los ganadores con el “Bocachico del Atrato”, como comenzaron a llamar al número de la suerte en el interior del país, le atribuyen su buena fortuna, apoyándose en que hace dos meses, cuando se comía un pescado en el negocio de “Batata”, descubrió otro número ganador, el 1284, en la superficie salina de un patacón pisao.

Con ese número que “El Papujo” asegura dio a conocer de inmediato a sus amigos —porque nunca ha sido egoísta—, le apostaron al chance varios días 40 o 50 personas que ganaron cuantías entre 300.000 y 400.000 pesos con la Lotería de Bogotá. “Esos casos, aunque no tan sonados como este último, fueron ciertos”, asegura Rosaura López, funcionaria de la firma de apuestas.

“El Papujo” comenta:

Yo me llevé ese patacón pa’ la casa, lo metí en una chuspita y vamos que lo subí encima de la tele, y ahí estuvo varios días hasta que un ratón se lo llevó. En ese patacón yo vi otros dos números rojos y negros, 7327 y 5713, a los que la

* El trabajo emplea la entrevista como herramienta de indagación periodística. No hace literatura con las historias, con las revelaciones ni con los datos que como reportero consigue... nada más trata de hacer un mejor periodismo escrito. Para la crónica el periodista estuvo en el lugar de los hechos y de las personas de las que escribe... El autor pone en práctica los consejos de los mejores periodistas del mundo, entre ellos Riszard Kapuscinski cuando habla de la importancia de los cinco sentidos del periodista que escribe reportajes: estar, ver, oír, compartir y pensar... “creo que en mis trabajos hay mucho de esos cinco sentidos... y a la hora de escribir trato siempre de contar algo nuevo, con datos, cifras y testimonios, de que mis historias, valga la redundancia, tengan historias, con personajes viviendo en un tiempo y en un espacio que el lector pueda ubicar fácilmente...”. Carlos Mario Correa Soto publicó esta crónica en *Préstame tus ojos*, Ed. El propio bolsillo, Medellín, (2005).

Cuando alguien gana, se le ve sonriente todo el día y con un elevado sentido del humor. Los demás saben que es un ganador porque va por la calle con la mano empuñada y diciendo: “¡Lo mangué! ¡Lo agarré! ¡Lo acribillé!”. Y ahora ha comenzado a hacer carrera la expresión ¡lo pesqué!

gente le estaba tirando duro hasta que cerraron la casa del chance. Yo inclusive le prendí una veladora al patacón, y entre más lo veía más me mostraba los números.

Yo digo una cosa: lo del bocachico no es nada, esperemos cuando salgan los números que yo vi en el patacón. Como aquí no los están jugando porque a los apostadores les dio miedo, entonces los están apuntando en Apartadó, en Necoclí, en Barranquilla y en Medellín, donde la gente de acá tiene familia. Pero lo están haciendo de tres cifras no más.

Cuando mataron a Pablo Escobar, aquí en el pueblo vieron en un huevo el 293; era la fecha porque él murió el dos de diciembre de 1993.

Entonces ahora, a raíz de lo que pasó con el bocachico, la gente se fija en todo lo que come y bebe: en la yuca, en el café, en el agua de panela, en la guayaba y la maracuyá. Eso es una cosa de Dios, porque si fuera del diablo no ganábamos los pobres.

Parrandero y jugador

Turbo tiene calles largas y polvorientas y gran actividad comercial de electrodomésticos, ropa y licores. Como muchos de los puertos colombianos en el Océano Atlántico, el centro del pueblo es un Sanandresito reluciente de baratijas.

“Aquí hay niños jugando chance desde que tenían la teta en la boca”, comenta Paula Torres, quien hace fila para reclamar dos premios de 300.000 pesos cada uno, que ganaron sus dos hijas de diez y once años. Explica: “Yo apunté el número hasta el sábado, pero el lunes se

me olvidó; ese día las hijas me pidieron de a cien pesos para comprar mangos y al escondido mío se los metieron al bocachico y ganaron; estos días no he dormido esperando la platica”.

Además de jugar el chance, los turbeños le apuestan los 365 días del año a la lotería con todas sus modalidades y sorteos extraordinarios; a la rifa de la India Millonaria y a El Guanabanzo, que juegan todos los días por el sistema de balotas; a la Gama y el Oro Verde que juegan con los números de la lotería de la fecha.

Cuando alguien gana, se le ve sonriente todo el día y con un elevado sentido del humor. Los demás saben que es un ganador porque va por la calle con la mano empuñada y diciendo: “¡Lo mangué! ¡Lo agarré! ¡Lo acribillé!”. Y ahora ha comenzado a hacer carrera la expresión ¡lo pesqué!

En estos días de fortuna es común observar a un moreno que vaya por la calle cantando y contando: “Mierda, pesqué el chance; voy al piso pa' la agencia a ver que es lo que tienen pa' mí”.

“Aquí quedaron muchos ricos. Hay un pelaito embolador de zapatos que se pescó como seis millones. Estaba diciendo que se iba a mandar a hacer una caja de embolar electrónica, para que no sea sino montar el pie y la misma caja se encargue de todo, y ‘suácate’, y venga para acá la platica”, comenta Hernando Osorio, un vendedor de rifa del pueblo.

Pero ya al pelaito ese —explica— los otros emboladores lo tienen escondido: no dicen dónde está metido para que no lo roben, porque él dijo que si le va bien les da trabajo a todos. Y Eufracia, mi vecina en el barrio Obrero, cogió el televisor en blanco y negro y todos los

choclitos (enseres de cocina) viejitos y los botó al Chungo (un desagüe en el puerto) cuando se enteró de que era ganadora. Es que uno cuando coge un billete bueno bota lo viejito. Claro que Eufracia, como no le han pagado, se quedó sin en qué darle de comer a sus seis pelaos y prestando la paila del vecino.

Atraco a la alegría

Darío Córdoba Vargas es un negro alto y fornido, dueño de un pequeño negocio donde vende víveres al menudeo, aguardiente y cerveza. Tiene treinta y seis años. Es casado y padre de tres hijos menores de quince años. Él también le apostó al “Bocachico del Atrato” y ganó 900.000 pesos, pero ahora le debe pagar a sus familiares una deuda de más de cuatro millones de pesos:

El caso es que como estaba lloviendo, siete familiares me dieron a guardar los chances gananciosos por más de cuatro millones. Yo los guardé debajo de mucha ropa, dentro de una cartera, lógico. Y a las dos de la mañana me tumbaron la puerta a patadas tres tipos, uno con un revólver, otro con un cuchillo y otro con un machete. Me gritaron que abriera y yo les pregunté que quiénes eran, y ellos me dijeron que no había necesidad de saber. Entonces tumbaron la puerta de quince golpes. Yo dejé a los pelaos en la cama y me volé por los patios de los vecinos.

Tumbaron todo, hasta el ventilador del techo, se tomaron la cerveza, y de tanto buscar encontraron los chances y se los llevaron. Yo puse la denuncia en la Fiscalía de Turbo por robo mayor y violación a la morada. Se llevaron otros quince mil pesos; esta vaina sí está crítica, son tipos del barrio y si me cogen me matan.